

HOME - REVISTA

Carl Bernstein, Premio Periodismo 'Vanity Fair' 2017

VANITY FAIR en

Vanity Fair Es

Ganó con 30 años el premio Pulitzer junto a su compañero Bob Woodward al destapar, desde las páginas de 'The Washington Post', el escándalo Watergate, que terminó con la presidencia de Richard Nixon

Por DIEGO FONSECA | 8 de octubre de 2017 / 8:20

Lectura: 18 minutos



Carl Bernstein, Pulitzer en 1973 por la serie de reportajes sobre el caso Watergate, es el Premio Periodismo Vanity Fair de 2017. Aquí fotografiado en los Hamptons.

© Jonathan Becker

Las vidas de **Bernstein** y **Woodward** fueron llevadas al cine, se hicieron millonarios y se convirtieron en dos mitos. La fama fue una droga dura de gestionar para Carl Bernstein, quien tiempo después se redimió como una gloria del mejor periodismo de investigación. DIEGO FONSECA conversa por Nueva York con nuestro protagonista del **Premio de Periodismo 'Vanity Fair' 2017**. Un faro en tiempos de Donald Trump.

“UNO DE LOS
PROBLEMAS
RECURRENTE DEL
PERIODISMO ES
MIRAR LA POLÍTICA
COMO ESCINDIDA DEL
TRASFONDO
CULTURAL”

En una berlina rumbo al sur de **Manhattan** algo en el bolsillo del blazer de Carl Bernstein comienza a sacudirse justo cuando quiere leerme un texto en su iPhone.

— Espera... ¿Qué es esto?

Bernstein mete la mano y del blazer sale un iPhone dorado.

— ¿De quién es esto?

Es la tarde de un miércoles a mediados de agosto y un teléfono inesperado vuelve a colarse en la vida de Bernstein. El aparato vibra en sus manos: hay tres

llamadas perdidas desde la centralita de *CNN*. Duda un instante.

— Oh, ¡ya sé de quién es...! — se ríe—. Pero, de todos modos, ¿qué hace este móvil en mi bolsillo?

Bernstein toma su iPhone y pide a Siri que llame a Amanda, su asistente. El teléfono, le contará, puede ser de Yoko, la maquilladora de *CNN*, o de un tipo del área digital que se va a trabajar a *The Washington Post*. Y si él lo tiene, es por una razón: le pidieron un selfie, y él fue quien lo tomó. Pide a Amanda que llame a *CNN* y lo tenga al tanto. Luego cuelga risueño.

— Por un instante pensé que tenía un segundo móvil — bromeo—. Uno tipo “**Garganta Profunda, II**”.

— No, pero es divertido, ¿sabes?, porque en *The Washington Post* teníamos de estos teléfonos para recibir información. ¿Sabes cómo los llamábamos?

— ríe otra vez— Los Bat-teléfonos.

Los teléfonos son centrales en la vida de Bernstein. Una llamada telefónica puso a su compañero Bob Woodward y a él mismo en contacto con Garganta Profunda, el espía que hizo de vellochino de filtraciones durante el escándalo del **Watergate**, el caso que acabaría con la presidencia de **Richard Nixon** y por el que ganarían el premio **Pulitzer** en 1973. En *Todos los hombres del presidente*, la película que retrata el Watergate, las llamadas preparan al espectador para los saltos de la trama. En una escena capital, **Dustin Hoffman** — que hizo de Bernstein— espera al teléfono a que **Garganta Profunda** le confirme un dato central, con palabras o con silencio.

El iPhone de Bernstein está algo machacado, él lo maneja con destreza y siempre descansa a su alcance — en el bolsillo del blazer, en la mano, sobre el mantel del restaurante... —. Al final de aquel miércoles, le pregunté si no lo distraía.

¿Qué implica “ser un hombre de verdad” hoy en día?

— Yo me distraigo con todo. ¡Con todo! Cuando era becario, trabajaba 24/7, pero el ciclo de noticias era largo. Ahora, con *CNN* y las redes sociales, es como “Mierda, ¿qué pasó en la última hora?”. Trato de ver el periódico página por página, pero acabo leyendo en Internet. Antes empezaba por la portada, me iba a noticias locales, deportes... ¡Ahora me quedo estancado en un solo tema! Lo que me pasa con Internet es que leo una y otra vez la misma cosa. Y mira — desliza el dedo sobre la pantalla del iPhone: pasan noticias y noticias y noticias—, en el momento en que llegas abajo ya no sabes qué buscabas... ¡Es una manera tan insatisfactoria de leer!

Carl Bernstein cumplió 73 años en febrero y es un señor bajo de espaldas anchas y un pelo canoso que se resiste a caer. Lleva sus gafas de siempre,

con un marco tornasolado que parece imitar las manchas en la espalda de un tigre, y viste un blazer impecable con camisa celeste y corbata a juego. Si yo fuera él, calzaría sus mismos, envidiables, zapatos café cosidos a mano.

La conversación comenzó unas cuadras más al norte, en el lobby de **Time Warner Center**, a pocas calles de la **Trump Tower**. Bernstein había terminado su columna de la tarde en CNN unos pisos más arriba y bajó con una jovialidad juvenil. “¿Diego, verdad?”, dijo, revoleando su maletín de manera distraída, como lo haría un estudiante que escapó de la escuela para curiosear por la ciudad.

Habíamos acordado ir a su oficina de la East 63rd Street, entre **Central Park** y **Madison Avenue**, y de allí iríamos a uno de sus cafés favoritos. De regreso, planeaba que nos detuviéramos frente a la Trump Tower: quería preguntarle sobre el simbolismo de esos 58 pisos de vidrio y metal dorado. Pero de repente:

—El plan original no va a funcionar. Debo ir a hacerme un análisis de sangre. No será mucho tiempo.

Ahora, el chófer avisa que tomará un desvío. Una valla policial nos corta el paso. El presidente Trump ha estado entrando y saliendo de **Nueva York** y el servicio secreto y la policía han cortado varias secciones de Central Park. Bernstein se incomoda.

—¿Él no regresaba hoy a Washington? —muchas veces no dice Trump para decir Trump y su “Él” suena como si hablase de un reyecillo caprichoso—. A ver si está aquí.

Toma su iPhone y escribe en **Google**: “¿Dónde está Trump en este momento?”. La pantalla muestra: “Trump National Golf Club, Bedminster, New Jersey”.

—Esto es una locura, salgamos de aquí.

Donald Trump ocupa más tiempo de la vida de Carl Bernstein —o de cualquiera— del que Bernstein —o cualquiera— desearía. Un par de meses atrás, en el canal **MSNBC**, Bernstein le puso términos definitivos. “Estamos en medio de una presidencia maligna”, dijo, y luego: “La presidencia de Donald Trump no está funcionando, y no está funcionando en parte debido a su carácter y capacidades”.

—¿Qué piensa de Él? —le pregunto.

—Es un estafador. Trafica con el racismo. Está peligrosamente cerca de una forma de neofascismo, la idea del líder máximo que abraza cierto populismo batiendo sentimientos nacionalistas. Nunca tuvimos un presidente así. Nunca. Nunca nadie como Él.

Es por el Watergate que Bernstein está unido a un personaje siniestro como Él. En 1972, la **Casa Blanca** ordenó plantar micrófonos en el **Comité Nacional Demócrata**, en el edificio Watergate en **Washington**, y grabar conversaciones —telefónicas— de sus opositores. El **FBI** probó que esos espías recibían dinero del comité de reelección del presidente Nixon.

A sus 73 años, Carl Bernstein es considerado por sus compañeros de oficio como uno de los ejemplos de la prensa independiente y libre.

© Jonathan Becker

El hombre que filtró la información a los periodistas —protegido por el alias “Garganta Profunda”— era **William Mark Felt**, el director adjunto del FBI, número dos en el ranking de espías de EE UU. Durante casi tres años, con

más aciertos que tropiezos, Woodward y Bernstein trabajaron con Felt e informantes clave y publicaron en *The Washington Post* sus descubrimientos sobre el espionaje y financiamiento espurio del Gobierno. *El Post* fue sometido a presión por la Casa Blanca y el público muchas veces no prestó interés al caso. El propio Nixon taladraba la confianza acusando a la prensa con un calificativo recuperado hoy por Trump: “Mentirosos”.

Gracias al sostén de editores como **Ben Bradlee** y la propietaria del diario, **Katharine Graham**, Woodward y Bernstein publicaron más de 400 historias sobre el escándalo. Al final, un juez condenó a 48 personas cercanas a Nixon. El presidente no pasó por la Justicia: el **Partido Republicano** dejó de respaldarlo cuando sintió que carcomía su futuro electoral, y debió renunciar. Woodward tenía 28 años y Bernstein 29 cuando saltó el Watergate —uno más cuando recibieron el Pulitzer— y entraron al siglo XXI como los únicos periodistas cuyo trabajo ha expulsado a un político mentiroso y autoritario de la presidencia de EE UU.

Hoy Carl Bernstein siente que Donald Trump, quien vive bajo la amenaza constante de un *impeachment* como Richard Nixon, es peor que **Tricky Dick**, el nickname por el que era conocido.

—Nixon fue una figura trágica. Un hombre letrado, con logros, que dedicó su vida a tratar de ser presidente, pero se autodestruyó. Acabó en problemas por su criminalidad, no por su falta de capacidad. ¿Trump? ¿Dónde están sus aspectos positivos? ¿Qué ha hecho Él en su vida por el bien público?

Carl Bernstein nació en **Washington D. C.** en febrero de 1944 en una familia de clase media judía. El padre, Alfred, era un funcionario público y gremialista; la madre, Sylvia, una activista contra la segregación racial y defensora de **Julius y Ethel Rosenberg**, el matrimonio judío ejecutado en EE UU acusado de espiar para la Unión Soviética. Bernstein contaría al mundo en el libro *Loyalties: A Son's Memoir* que Sylvia y Alfred fueron miembros del PC. Como muchos, también ellos habían sido investigados por el FBI —Alfred testificó cinco veces ante el Congreso— pero **J. Edgar Hoover** jamás pudo probar nada.

No fue fácil crecer en el ambiente nervioso de la **Guerra Fría**, con el macartismo montado sobre las tensiones de un país donde los negros no podían orinar con los blancos. Bernstein y sus dos hermanas pasaban muchas horas solos mientras sus padres se defendían de la persecución. Después de su primaria en **Janney Elementary** comenzó a estudiar **Periodismo en Maryland**, pero nunca se graduó.

La historia redimiría ese abandono. A los 16, Bernstein ya era aprendiz de reportero en *The Washington Star*, un periódico de vieja generación. Su nuevo libro, unas memorias que publicará en 2018, cuenta la vida de “este chico” educado allí entre 1960 y 1965, cuando se fue a trabajar a **Nueva Jersey**, su destino previo al *Post*. Aquel miércoles en Nueva York, Bernstein me contaría que todo cuanto aprendió del periodismo lo mamó en el *Star*.

—En aquellos años, no ibas a ver a una persona para crear una controversia, ibas a los lugares a ver qué pasaba. Los periodistas tienden a ser malos para escuchar, y yo en esos años me convertí en un buen escuchador.

Una vez en el médico, en **Midtown Manhattan**, quiero bajar para ver cómo se comporta Carl Bernstein frente a la omnipotencia de un doctor. Ya saben: tantear a la secretaria de la consulta. Que suelte alguna tontería como “El señor Bernstein es maravilloso” o “Es un tipo insoportable, intratable”. O, tal vez, en la mediana normalidad: “¿Bernsquién? ¿Waterqué?”. Pero él me pide que espere en el coche, de modo que paso los siguientes minutos rememorando sucesos previos.

A fines de abril, Bernstein y Woodward hablaron en la cena anual de la **Asociación de Corresponsales de la Casa Blanca** en Washington D. C., donde los periodistas evalúan —y se burlan de— el desempeño del Gobierno. Trump no fue a la cena —nadie lo esperaba— donde Woodward y Bernstein validaron el reporte como herramienta frente a sus acusaciones sistemáticas de *fake news*. “Somos reporteros, no jueces ni legisladores —dijo Bernstein—. Lo que los gobiernos, los ciudadanos o los jueces hacen con la información que nosotros desarrollamos no es parte de nuestro proceso o nuestro objetivo: nuestro trabajo es poner allí fuera la mejor versión obtenible de la verdad. Especialmente hoy. Punto”.

Bob Woodward y Carl Bernstein posan juntos en 2005.

©Getty Images

Ahora que ha regresado del doctor —han sido 10 breves minutos—, otra vez con la parsimonia de estudiante fugado de la escuela, balanceando el maletín— pido a Bernstein que profundice en su visión del periodismo necesario en estos días.

—Necesitamos buen reporte en la calle, sobre la cultura y el tejido humano —dice nada más reiniciar la marcha—. Esta presidencia obliga a una mirada profunda porque no sabemos hasta dónde llega la metástasis de su malignidad. ¿Cómo cubres eso? La respuesta, para mí, es hacer gran periodismo. Y se hace: *The New York Times*, *The Washington Post*, *CNN*, y mire a los medios digitales, todos con un gran trabajo.

—¿Entonces no le preocupa la salud del periodismo?

—No, pero sí el ecosistema de medios, las redes sociales. Y, por supuesto, que tenemos dificultades. Uno de los problemas recurrentes del periodismo es mirar la política como escindida del trasfondo cultural. Y nosotros tenemos un problema cultural. **Washington** puede ser una burbuja, pero lo es dentro de un marco cultural que está íntimamente relacionado. No puedes separar Washington de lo que somos como país.

—Cierto.

—Y a todo esto —se acomoda en el asiento—, ¿vamos a ir a por un café?

Bob Woodward y Carl Bernstein escribieron juntos **Todos los hombres del presidente**, el recuento exhaustivo del Watergate, y **Los días finales**, un detrás de la escena de los últimos meses de Nixon en la Casa Blanca. Juntos también se convirtieron en un sustantivo compuesto —Woodstein— y juntos fueron los protagonistas de la película que retrata su investigación de la administración Nixon. En *Todos los hombres del presidente*, mientras **Hoffman** era Bernstein, el carilindo progre **Robert Redford** hizo el papel de Woodward. Como en la vida real, Woodward era más relajado y ascético; Bernstein, en cambio, era algo extravagante y colorido, pero eso, recordaría Redford, quien produjo la película, le ayudaba a encubrir su instinto animal.

La alianza hizo millonarios a **Woodstein** y los convirtió en esa mescolanza de verdad y ficción que son los mitos. Fue una sociedad de talento, necesidad, ambición y paciencia cultivada u obligada, porque no eran parecidos. Woodward, quien luego ocuparía altos cargos en el *Post*, era un veterano de la Armada que había estudiado en Yale y proyectaba un aire calvinista. Frente a él, Bernstein era un salvaje que, antes del Watergate, escribía sobre policiales y rock. A Woodward, dicen, le disgustaba su estilo contracultural, pero apechugó cuando debieron investigar juntos: el creativo Bernstein era capaz de revivir sus letras muertas porque, bromeaban, el inglés era la segunda lengua de Woodward.

Ya sin él, Bernstein se fue a la cadena *ABC* con un contrato nutritivo y empezó a publicar en *Vanity Fair* y *Time*. Escribió otros libros —sobre sus padres, sobre el papa **Juan Pablo II**, sobre **Hillary Clinton**—, pero antes de todo eso bebió el plato amargo de la fama. Cuando todavía era muy joven, se casó con la directora **Nora Ephron**, con quien tuvo dos hijos, Jacob y Max. Pero Bernstein engañó a Ephron y ella le pediría el divorcio y mostraría las sábanas sucias de la relación en una novela biliosa, *Se acabó el pastel*. Allí lo acusaría de ser capaz de acostarse hasta “con una veneciana ciega”.

Tras el divorcio, la rebeldía y listura dieron paso al desenfreno. Durante una década, Bernstein desapareció como escritor detrás de los micrófonos de la *ABC*. Se metió en demasiados amoríos —hola, **Elizabeth Taylor**; qué tal, **Bianca Jagger**— y se abrazó al whisky. Actuó como un chiquilín y un palurdo. Perdió una fortuna. Engordó, atorado de cenas, lujos, libaciones. Condujo borracho, acabó arrestado. Se peleó con viejos amigos, prometió lo que jamás cumpliría. Era un **Truman Capote** hetero mezclado con un edulcorado **Hunter S. Thompson** en los pantalones de un chico de la calle vuelto nuevo rico.

Nada de aquello debió de ser simple: Bernstein seguía siendo el estudiante del portafolios fugado de la escuela al que le dieron un **Pulitzer** a los 30 años por cargarse al presidente de Estados Unidos. La fama fue una droga dura. Finalmente, en 1987, llegó al fondo del pozo que él mismo cavó: el *Post* cumplía 70 años y no lo invitaron a la celebración. **Mr. Watergate** estaba solo.

Por un buen tiempo, Bernstein debió subir una montaña repartiendo disculpas y pidiendo clemencia y absolución por su lado salvaje. En los noventa, dejó de beber. Recuperó la amistad con el monacal Woodward, uno de los pocos que levantó el teléfono —el teléfono— para escuchar sus desafueros. En 2003, se casó por tercera vez, ahora con la modelo **Christine Kuehbeck**, y siguió reenfilando su carrera como autor, comentarista y, sobre todo, como una gloria resucitada del periodismo, el detalle que redimió al ángel caído.

Es comprensible que Woodward y Bernstein sean requeridos hoy para buscar paralelismos con otro momento político de mentiras e intolerancia. Hoy, por el espanto e incertidumbre que provoca Trump, Bernstein está en la incómoda —pero atractiva— posición de oráculo al que todos quieren pedir opinión, pues se le asigna la sabiduría improbable de conocer las pistas

secretas que permiten que los ciudadanos se libren de gobiernos estúpidos, aberrantes y aventureros.

“Yo guardo la palabra héroe para gente muy especial, pero Bernstein es definitivamente un faro en el periodismo”, me dice **Kathy Corcoran**, una exeditora de *Associated Press* que ahora trabaja en el **Kellogg Institute** de la Universidad de Notre Dame. Corcoran es parte de la generación que vivió el Watergate y decidió volverse periodista para cambiar el mundo. “Todavía es el mejor ejemplo para nuestro tiempo sobre la importancia de una prensa independiente y libre que hable con la verdad al poder, y a él debo agradecerle que esa siga siendo una de mis pasiones en el mundo”.

Bernstein viaja mucho al año — conferencias, lecturas, premios— y combina el trabajo con una escapada vacacional. Cuando nos vimos, acababa de regresar de navegar por la costa amalfitana hasta los puertos de **Sicilia**. Pasa la mayor parte del año en su casa del adinerado distrito de los **Hamptons**, al este de Nueva York, y los inviernos —“Ya no quiero estar más en climas fríos”— en **Beverly Hills**, donde creció su mujer. Es un vecino relajado. Un par de veces al mes rema en kayak en Noyac Bay, a un kilómetro de su hogar. Sale a avistar los nidos de las águilas pescadoras junto al lago y a veces saca la bicicleta para dar paseos breves por el vecindario con su esposa. Aún mantiene la rutina de nadar unos 40 minutos diarios en las zonas bajas de las bahías y de pasar algún tiempo en **The Corner Bar**, una taberna de ladrillos que visita desde los años ochenta.

Bernstein, en los Hamptons, Nueva York.

© Jonathan Becker

Cuando ya llevaba una década en North Haven, dejó su departamento en el Soho, donde mantenía vivo tal vez el último capítulo relajado de sus años salvajes: los discos. Aquel miércoles me dijo que casi una década atrás había decidido que quería escuchar más música y el resultado fue que por un buen tiempo leyó menos.

El departamento guardaba una colección de más de 30.000 vinilos. Bernstein pasaba tres horas diarias junto al tocadiscos. Pero cuando se mudó del Soho a los Hamptons no llevó consigo los discos: la casa no tenía un espacio que a él le gustase para relajarse y oír música. De modo que en el momento que dejó la música regresó a la lectura. Bernstein dice ser un lector “lento” que lee en el Kindle, en papel, algo en el iPad y “un poco” en el iPhone. Salta de libros y temas. En un momento de la charla llama a su secretaria —“Siri, call CB Office”— para pedirle una lista de lecturas del Kindle, pero la lista nunca llegará.

Bernstein no es un hombre disciplinado —“Soy más bien errático y desordenado”—, pero es intenso. Sus compañeros recuerdan cómo Woodward buscaba las páginas del Watergate que había dejado minutos antes sobre un escritorio nada más para ver que Bernstein las reescribía a toda velocidad. En aquellos años martillaba una máquina eléctrica; hoy se lleva bien con una HP usada.

—Trato de escribir en la primera parte del día. Oh, y tiendo a escribir al cierre.

—¿Y funciona hacer las cosas así?

—¿Cuando tengo la espalda contra la pared? ¡Claro!

Bernstein ha elegido venir al Bar Italia en Madison Avenue, un restaurante blanco de piso a techo y con paredes cubiertas de fotos de clásicos del paese: Ladrón de bicicletas, Sophia Loren mojada, Mastroianni a punto de no besar a Anita Ekberg en La Dolce Vita. El lugar es ruidoso —son las 18:00, llegan los newyorkers a por tragos y una cena liviana— así que elige una mesa retirada. Se sienta de espaldas a la parroquia, de cara a una pared. Ordena un tartar de salmón y agua.

Le pido que volvamos al periodismo.

—¿Sabes? —dice mientras hurga en su iPhone—, el director del Post, Ben Bradlee, escribió una memoria llamada A Good Life. Simon & Schuster está publicando una nueva edición. Bob y yo escribimos el prólogo.

Cuando aparece lo que busca —el obituario que escribieron con Woodward en 2014 para Bradlee—, lee: “Toda concentración de poder debe ser agresiva y exhaustivamente examinada”. Si la frase suena a esprit du siècle, lo es: Bernstein ha elegido entrar al final de la charla con afán de cátedra y para eso selecciona un fragmento de la entrevista que hizo a Bradlee junto a Woodward sobre el futuro del periodismo.

Era 2008, Facebook y Twitter aún no tenían cinco años, y Bradlee se preocupaba por la convulsión traída por el declive económico de los periódicos, el ascenso de Internet y “la impaciencia y velocidad del flujo de noticias”. Lee Bernstein a su editor: “No puedo concebir un mundo sin periódicos. No puedo. Puedo imaginar uno con menos, y puedo visualizar uno donde los periódicos son impresos de manera distinta, distribuidos de manera distinta, pero habrá una profesión del periodismo y su trabajo será reportear lo que ellos crean que es la verdad. Y eso no cambiará”.

Bernstein me mira como si hubiera ganado un campeonato de debate con un argumento imbatible.

—¡Es cierto! Y no está cambiando —dice, y agrava el tono—. El gran periodismo nunca ha sido la norma, sino la excepción.

Luego corre su vaso y levanta un dedo, nada admonitorio: es el veterano pasando la estafeta, como un mentor curtido, a las generaciones siguientes.

—Nuestro trabajo no es poner o sacar presidentes. Es un error creer eso. El Watergate no tuvo la intención de sacar a Nixon: la intención fue hallar la verdad. Tras eso, el sistema responde. ¡La gente responde! No cometamos ahora el error de creer que este país está en un paroxismo disfuncional total. ¡Aquí aún pasan grandes cosas! ¡La vida sigue!

Cierto: el Bar Italia se ha llenado de gente chispeante. Pronto el ruido de las voces y la jarana cubrirá nuestra charla. Bernstein se adelanta:

—En fin, ¿no queda algo más? Porque debo volver ya.

—Lo que sea —señalo mi iPhone—, lo charlamos.

Bernstein acuerda levantando el suyo y se despide —“Llámame, llámame”— con un apretón de manos. Luego sale a la calle con parsimonia, revoleando su maletín como el estudiante fugado del aula que fue, todavía asombrado por el mundo; su teléfono, otra vez al oído.

Dustin Hoffman y Robert Redford dieron vida en el cine a los periodistas que destaparon el Watergate. En la foto posan todos juntos.

©Getty Images

REVISTA
Elegancia Verde

REVISTA
'Little Venezuela' en el centro de Madrid

REVISTA
Eleanor Lambert: la mujer tras la lista más elegante del mundo

REVISTA
Juan Santa Cruz: "Un restaurante es como un

SUSCRIPCIÓN A LA
REVISTA

SUSCRÍBASE A LA
NEWSLETTER

Introduzca su e-mail:

Email

ENVIAR

Acepto las [Condiciones de uso](#) y [Política de protección de datos](#)

VERSIÓN MÓVIL

[Quiénes somos](#) | [Condiciones de uso](#) | [Política de privacidad](#) | [Bases legales de concursos](#) | [Gestión Medioambiental](#) | [Publicidad](#) | [Política de cookies](#) | [Contacto](#)
[Instrucciones Adblocker](#)

Vanity Fair en el mundo

[ESTADOS UNIDOS](#) | [ITALIA](#) | [FRANCIA](#) | [REINO UNIDO](#) | [MÉXICO](#)

Condé Nast Digital España

[VOGUE](#) | [GLAMOUR](#) | [GQ](#) | [TRAVELER](#) | [AD](#) | [CONDÉ NAST COLLEGE](#)

[Mapa del sitio](#)

Actualidad	Celebrities	Entrevista extrema	Belleza	Reina Letizia
Política	Gala MET	Cuestionario Proust	Lifestyle	Vanity Fair TV
Cine	Alfombra roja	Moda	Realeza	Revista
Televisión	Celebutantes	Tendencias	Bodas Reales	México